

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
En provincias. Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Geografía: Los rios auríferos del Pacifico.—Oriental (poesía).—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional (conclusion).—La paloma del monte: balada.—La media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de modas.—Explicacion del pliego de dibujos.

GEOGRAFÍA.

LOS RIOS AURÍFEROS DEL PACÍFICO.

El Thompson.

Nace este rio al Este de Carlbood, en la Colombia británica. En su largo curso hasta el lago de Kamloops, que el mismo Thompson contribuye á formar, tiene por tributarios á muchos pequeños rios y torrentes, de que los mas nunca han sido examinados. Este será un vasto y nuevo campo que explotar para el aventurero atrevido, porque, segun toda probabilidad, aquellas aguas son auríferas. En la parte baja del lago Kamloops, ademas de otros rios, el Thompson recibe las aguas de los rios Bonaparte, Nicola y Nicaomeen.

Las orillas de su desembocadura son poco elevadas; pero si su vegetacion es escasa y árida la roca, la perspectiva no es desagradable, y por la primavera encanta los ojos con las brillantes y numerosas flores que en esta época adornan las colinas.

El pais hasta el rio Nicaomeen es generalmente montañoso, mas no difícil de atravesar. Este rio baja de altos montes, y, á pesar de su rápido curso, se deja vadear muy fácilmente cerca de su embocadura. El Nicaomeen es aurífero, del mismo modo que el Thompson; mas no ha sido bien explotado, principalmente en su parte superior. Unos mineros franceses se proponen establecer una explotación que, si está dirigida con tino, dará felices resultados.

En proporcion que subimos el Nicaomeen, hallamos mayor número de mesetas y una perspectiva menos despejada. El suelo generalmente es arenoso; las rocas son graníticas y basálticas. Escasea la caza, y casi no hay que cazar sino la gallineta. El Thompson, que en su parte inferior suele ser rápido y frecuentemente va rodeado de altas riberas, empieza á correr en un espacioso lecho de doscientos cincuenta á trescientos pies de anchura, y podría ser navegable. Los indios lo recorren para pescar ó para tras-

portar mercancías en sus ligeras canoas que manejan con inimitable destreza.

El Thompson tiene una barca de pasaje á veinticinco millas de Bytton, hácia el medio de una llanura muy estensa, que por una parte es linderá con el río, y por otra con unas elevadas colinas. Tanto la llanura como las colinas se hallan desprovistas de árboles y solo tienen miserables pastos. Cuando en estos alrededores se quiere levantar una tienda de campaña, debe examinarse con mucho cuidado el terreno, porque hay unos cactus casi invisibles y muy peligrosos, á quienes los franceses han bautizado con la denominacion de *sapos verdes*. Desde este punto comienza el viajero á padecer con los mosquitos, tan molestos para los hombres como para los animales. Junto á la barca hay una fonda, donde se come por precio fijo. Una comida cuesta un duro.

El río Bonaparte por todo lo largo de su carrera tiene abundante y fresca vegetacion llena de toda clase de arbustos con sus frutos y flores, así como árboles de diferentes especies, en particular sauces, álamos y olmos. Mas su curso es tortuoso, sus aguas son turbias y dejan sobre sus márgenes y sobre los bancos inundados una especie de composicion alcalina. Esta costa alcalina suele tener un espesor de muchas pulgadas, por lo que la yerba que crece en las márgenes del río es de inferior calidad. En el día se hallan abandonados el río Thompson y sus afluentes. La atencion de los ávidos buscadores de oro se encamina hácia los placeres donde el precioso metal se encuentra con mayor abundancia; pero llegará el día, como acaece en California, en que estos placeres desdeñados recobrarán parte de su antiguo crédito. Mineros pacientes lavarán aquella arena sembrada de pepitas de oro, subirán por los ríos hasta sus orígenes, y, últimamente, cavarán el suelo en que estos orígenes se ocultan. Entonces aparecerán á su vista nuevas riquezas y se crearán fortunas con los despreciados residuos. El país además presenta otros mil recursos, que nos proponemos dar á conocer.

ORIENTAL.

De Toledo en una calle,
Como todas tortuosa,

Cuyo nombre no recuerda
Mi fatigada memoria;
Calle estrecha que formaban
Paredes feas y toscas,
Que los jardines circundan
De la noble gente mora;
Altas, que impiden penetre
La clara luz con que dora
El azul crespon del cielo
La faz de la luna hermosa:
Puesto al pie de un ajimez,
Que frescos nardos adornan,
Al compás de un bandolin,
Con voz dulce y amorosa,
Un árabe apasionado
Al viento daba esta trova:

—Hermosa perla africana
Que á la plácida mañana
Causa envidia tu candor;
Abre tu ajimez, estrella,
Y oye la tierna querella
De tu fiel adorador.

Sal, encanto del alma,
¡Luz de mi vida!
¡Hourí de las houríes!
Leila querida,
Sal, y tu cielo
Preste á mi pecho triste
Grato consuelo.

Gacela, sal y escucha
Mi queja amante,
¡Aroma de azucenas!
¡Rosa fragante!
¡Flor delicada!
¡Mas pura que la risa,
De la alborada!

Abre tu ajimez pintado,
Dueño amado,
Y muestra tu linda faz;
Que latente el pecho espira,

Y suspira,
Lleno de pasión veraz.

Muéstrame tus pupilas
Lucientes, bellas,
Como en tranquila noche
Claros estrellas,
Y que su fuego
El amor acreciente
Que por ti siento.

Sal, esquivas no seas
A mis amores,
Escucha mis suspiros
¡Flor de las flores!
Oye la queja,
Que exhala el pecho mío
Junto á tu reja.

Sal, sí, rosa temprana,
Blanca azucena,
Pura como la brisa
De encantos llena.
¡Lirio gallardo!
¡Erguida palma!
¡Luz de mi vida!
¡Paz de mi alma!

Calló el bandolín sonoro
Su armonía melodiosa;
Mas la reja de la hermosa
Muda y cerrada siguió;
Entonces hondo suspiro
Lanzó el trovador al viento,
Y con angustiado acento
Estas quejas exhaló.

¡Do estas, ingrata mora,
Que de mi voz doliente,
No quieres inclemente,
Los ayes escuchar?
¡Por qué dejas impía
Que el viento se los lleve,

Ó ya no te conmueve
Mi amante suspirar?

¡Olvidas, sí, las noches de ventura,
En que de amor en plática sabrosa,
Nos alumbró desde la inmensa altura
La clara luna con su luz hermosa?
¡Cuando el aura tranquila y perfumada
Tus negros rizos plácida movía,
Y en tu ardiente y magnética mirada
Pasión mi pecho juvenil bebía?
¡Cuando santo y solemne juramento
De amarme siempre pronunció tu boca?
¡Do tu fe se quedó? Llevola el viento.
¡Tristes recuerdos que la mente evoca!

Cuando tu blanca mano
Loco besaba,
Y de amor en tus ojos
Yo me embriagaba,
Di: ¡quién diría
Que bajo faz tan pura
Traición había?

Cuando dulces suspiros
Tú me mandabas,
Y promesas hacías
De que me amabas:
Di: ¡quién diría
Que tantos juramentos
Olvidarías?

¡Sí! ¡Sí! ¡Do se fueron,
Infel, tus suspiros,
Tus celos, tus quejas,
Tu ardiente pasión?
¡Fugaces huyeron,
Cual nieblas espesas
Que arrolla violento
Furioso aquilón!

Ingrata,
Aleve,
Infel,
Traidora,

Adios,

Adios.

Quiero alejarme,

No quiero verte,

Ya que olvidarte

No pueda yo.

—

Quiero en lejanas

Tierras mejores,

Á mis dolores

Calma buscar;

Y entre las algas

Del mar bravío,

Al pecho mio

Reposo dar.

—

Y allí entre el ruido

Del viento airado,

Cuando furioso

Bata el bajel,

Cuando las olas

Mujan hinchadas,

Y sin ventura

Vague do quier;

Y de las nubes,

Rotos los senos,

Lancen los rayos

Cárdena luz:

Halle mi vida

Grato consuelo,

Ya que su calma

La robas tú.

—

Cesó el canto, y presuroso

El amante despreciado,

El bandolin, enojado

Bajo el ajimez rompió;

Y calándose el embozo

Con diligente presura,

Entre la tiniebla oscura

De la calle se perdió.

JULIAN CASTELLANOS.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del Campillo.

(Conclusion) (1).

Mas cual si la campana de la aldea y la hora de las nueve fueran el invisible genio ó el eco del destino á quien Dios encargara marcar los instantes crúeles de la vida de Arturo, no bien el fatal esquilon estingua sus últimas vibraciones en el espacio sin límites, cuando Arturo sintió junto á sí el ruido de un coche, que pasaba por esa misma carretera que dista ocho pasos de aqui.

Mas ¡qué le importaba á Arturo de un coche que corria por el incierto sendero del mundo?..

Arturo le dirigió una mirada de rabia, ó de desprecio, ó de indiferencia.

Sin embargo, nosotros que conocemos este coche, diremos dos palabras de él.

Dentro de aquel carruaje, como V. habrá comprendido desde luego, iban el gran duque de Bohemia, el marques de Smirch, dos caballeros de la corte del gran duque, y Sofia; pero Sofia, con toda intencion, se habia sentado junto á la ventanilla que daba á la parte de la Cruz, y con toda intencion tambien llevaba en la mano el bolso que encerraba el fatal ramillete.

El marques de Smirch, sentado al lado de su novia, no perdía uno de los movimientos de esta, pero la observaba al descuido, aparentando indiferencia, para no estorbarle su propósito.

Sofia por su parte, tierna niña de sensible corazón, inocente paloma sin doblez, puesta de pechos en la ventana, respiraba con mas libertad á medida que el aire de estos campos bañaba su frente; se estremecía su corazón de gozo á medida que sus ojos descubrían la veleta de la torre y los humildes tejados de su querida aldea; pero su alma se angustiaba con las congojas de la muerte al pensar que aquel placer era soñado, al reflexionar que era la última

(1) Véase el número 73.

vez que miraba aquellos lugares, para ella tan deliciosos, y al considerar que en aquellos mismos lugares que perdía quedaba también Arturo, que para siempre se separaba de ella...

Sin embargo, cuando andando el coche descubrió Sofia cerca de sí esta Cruz, y sentado al pie de la Cruz conoció al infeliz Arturo, cuya frente pálida y negra cabellera acariciaba un rayo melancólico de la luna, dejó de repente de pensar, se llenó toda su alma de un confuso sentimiento, y espuesta á todo y resuelta, si fuere necesario, aun á ser descubierta de su padre y de su novio, sacó el ramo del bolso de terciopelo, sin apartarse un punto de la ventanilla donde iba asomada, y en menos tiempo que decirlo cuesta, lo besó, lo olió, lo apretó enajenada contra su pecho, lo volvió á besar, y lo tiró á la Cruz.

—¿Qué haceis, infeliz? exclamó el marques agitando mientras esto hacia Sofia.

—Nada, respondió Sofia asustada, retirándose de la ventanilla.

—Ese ramo que habeis besado está envenenado.

Y á estas palabras siguió una confusa agitación en el coche, y Sofia, que solo en la muerte podía encontrar placer, contrajo sus mejillas con una dulce y simpática sonrisa de ángel.

—¡Hija mia!... gritó el gran duque abrazando á Sofia.

—Á galope hasta llegar á un pueblo que no sea Peroniel, gritó al postillon el infame marques.

Y entre el penetrante chasquido del látigo y entre las voces del postillon, partió el carruaje á escape, levantando tras de sí oscura nube de polvo.

Mientras tanto el infeliz Arturo, que sentado en las gradas de la Cruz vió caer el ramo al suelo, sintió en su pecho un oculto presentimiento que le aterró; se levantó con incertidumbre, se dirigió al ramo con languidez, lo tomó; mas como al examinarlo se encontrara en la mano con el papel que se había desprendido de sus ya marchitas flores, lo leyó á la luz vacilante de la luna, única antorcha digna de alumbrar semejante escena; y al enterarse de su contenido, y al conocer la letra de Sofia, levantó los ojos al cielo, exhaló un agudísimo quejido de dolor, y, abatido hasta la muerte, le dejó caer en las gradas de esta solitaria Cruz.

—¡Último adios de mi adorada Sofia!... exclamó mirándolo con las lágrimas en los ojos; tú no te separarás de mí hasta la muerte...

Y lo ocultó en su pecho, y lo llevó á sus labios, y apretó su rostro contra él; y una y mil veces aspiró su aroma, como si aquel envenenado ramo fuera el único bálsamo para su eterna herida, como si fuera el verdadero suspiro... el tierno aliento de su desgraciada amante.

Contaban, señor, los ancianos, cuando referían esta historia, que así como Arturo se aplicó el ramo á las narices, una nube oscureció la luna, y un cuervo pasó volando junto á él, y la cigüeña que cria en aquel árbol vecino exhaló un lastimero graznido, y un relámpago rubicundo, acaso el primer relámpago de aquel verano, alumbró rápido las tinieblas de la noche; pero Arturo, entusiasmado con el ramillete, que mas y mas olía, ni vió la nube que oscureció la luna, ni sintió el cuervo que pasó á su lado, ni escuchó el triste graznar de la cigüeña, ni percibió el relámpago que centelló en los aires.

Solo veía la seductora imagen de Sofia, que en blanca túnica de trasparente gasa, y revestida de flores bellas y de alas de crespon, flotaba en la atmósfera azul, como un ángel que lo llamaba á su lado. Y el infeliz Arturo tendía hacia ella sus brazos y no podía tocarla; porque todo aquello que veía era sombra, y aquella sombra era la primera fantasía de su naciente delirio... Y el desgraciado Arturo quería levantarse y no podía, porque las fuerzas le faltaban ya, y sus músculos estaban contraidos...

—Señor, prosiguió mi compañero, que en su relación usaba un lenguaje no esperado de un rústico porte: el marques de Smirch debía estar ya satisfecho, porque Arturo ya estaba envenenado.

—Ya lo he comprendido, respondí yo.

—Sí, señor, continuó mi compañero con dolor: y el veneno era tan activo, que duró pocos momentos.

—¡Qué es esto!... exclamó Arturo dejando caer el ramillete al suelo, y llevándose la mano al pecho: "Padre mio... yo me ahogo..."

Y haciendo el último esfuerzo, tal vez impelido ya por las ansias de la muerte, se arrodilló sobre la tercera grada, se abrazó fuertemente á esta Cruz...

y, con sus turbios ojos fijos en el cielo, parecía pedir á Dios indulgencia de sus culpas, ó venturas mil para su amante, ó quizá perdon para su cruel enemigo.

Hubo algunos instantes en que la naturaleza enmudeció, y Arturo, luchando terriblemente con la agonía, se apretaba mas y mas á la Cruz, y su cabeza temblaba, y su cuerpo se estremecía por intervalos desiguales, y un ronco estertor resonaba en su pecho.

Arturo se moría; y ni su padre que tanto le amaba, ni los aldeanos á quienes tantos beneficios habia dispensado, nadie... nadie venia en su socorro. ¡Ay señor! ¡Cuán impenetrables son los santos juicios de Dios!

Por fin la muerte triunfó de la vida: Arturo, semejante al tierno fresno ó al gallardo ciprés á quien el huracan troncha lentamente por su tallo, inclinó la cabeza sobre la nuca; fue abandonando la Cruz á donde se habia abrazado, y de golpe cayó al suelo.

Luego... nada respiraba en estos contornos: junto á esta Cruz yacia su cadáver.

Entonces ¡qué casualidad! volaron impelidas por un viento sutil las nubes que cubrian la luna; y un rayo misterioso de su luz bañó el yerto semblante de Arturo; y un ruiseñor comenzó á trinar entre los liros del arroyo; y era sin duda el canto de gloria que las aves entonaban al sacrificio de la inocencia.

Hubo dos minutos de silencio, en que ni mi amigo ni yo nos atrevimos á hablar una palabra, y yo busqué con los ojos en torno mio el lugar en que debió caer el cuerpo de Arturo.

Después prosiguió mi compañero:

—Voy á referir á V. el resto del cuento en pocas palabras, porque ya es tarde, y no quiero molestar á V. mas con mi pesada narracion. En el reloj de la aldea dieron las once; y observando D. Nuño que su hijo tardaba en ir á casa mucho mas que lo que de costumbre tenia, reunió á sus criados, y les dijo:

—Vamos á buscar á mi hijo, que estará muerto en el campo.

Pero como sus criados trataran de disuadirlo de semejante idea, les respondió con tristeza:

—Si no es hoy, será mañana; en todo tiempo sea bendita la voluntad de Dios.

Y acompañado de sus criados, con faroles, y de multitud de aldeanos y aldeanas, se dirigió á esta Cruz.

¡Hay en el mundo cosas providenciales! El primero que descubrió el cadáver de Arturo fue D. Nuño: y V. puede figurarse, señor mio, qué golpe tan cruel recibiria aquel padre cariñoso al encontrar su hijo muerto. Pero, si hemos de dar crédito á nuestros abuelos, no piense V. que comenzó á gritar y á desesperarse, no, señor; todo lo contrario: dicen que exhaló un doloroso suspiro, que se quitó el sombrero, que hincó una rodilla en tierra, y, levantando en sus brazos el cadáver aun caliente de su hijo, esclamó con los ojos clavados en el cielo:

—Señor: recibid este nuevo Isaac, sacrificado en las aras del amor.

Al oir estas palabras los aldeanos, se descubrieron la cabeza, y humildes doblaron todos las rodillas; pero en aquel mismo instante pasó volando sobre sus frentes la cigüeña, que criaba en el árbol vecino, y D. Nuño lanzó un terrible grito de dolor.

—¡Hoy cumple veinte años mi hijo! esclamó. Cuando una gitana le leyó la ventura debajo de aquel árbol, me dijo: *Tu hijo morirá de amor; cuando cumpla veinte años, acuérdate de esta gitana; esa cigüeña que nos escucha será testigo de mis palabras.* ¡Maldita gitana!... esclamó con acento de amargura; ya se ha cumplido tu profecía... aquí tienes el cadáver de mi hijo...

Y lo apretó contra su pecho.

Entonces los aldeanos se apoderaron del cuerpo de Arturo, y los criados se llevaron á D. Nuño á su palacio.

Á la mañana siguiente vinieron médicos de los pueblos inmediatos, examinaron el cadáver, y declararon estar envenenado, lo que no poco admiró á la aldea. Dieron á oler á un perro el ramillete que apareció junto á la espada y el sombrero de Arturo que estaban tirados sobre las gradas de la Cruz, y como el perro muriera á los cinco minutos, conocieron que el veneno residia en aquel ramo; lo quemaron, y enterraron sus cenizas en un lejano monte.

El cadáver del infeliz Arturo fue depositado en la iglesia, donde se agrupó á contemplarlo toda la aldea; y ya porque D. Nuño lo deseara así, y ya tambien porque á todos los aldeanos les pareció muy

bien, se determinó darle sepultura debajo de esta Cruz.

—¿Aquí reposan sus cenizas? pregunté yo asombrado.

—Déjeme V. concluir el cuento, respondió mi compañero, y todo lo sabrá V.

Con efecto, prosiguió, al día siguiente vinieron el cura y el alcalde con multitud de gente, levantaron esta Cruz, pero aun no habian dado los primeros azadonazos en la fosa, cuando llegó un propio, que entregó al alcalde de Peroniél un oficio del alcalde de Arancon, pequeño pueblo vecino de este, en cuyo parte le decia que pasaran inmediatamente á recoger el cadáver de una jóven llamada Sofia, que habia dejado un coche al pasar por allí la noche anterior, con órden espresa de que se le diese tierra en Peroniél.

Todos los habitantes de la aldea se conmovieron á tan espantosa é inesperada noticia: y, preocupados como ya estaban, se sembró un verdadero dolor en sus corazones.

D. Nuño, que seguia encerrado en su habitacion sin querer ver á nadie, exhaló un suspiro cuando esto supo, y determinó que se enterrase el cadáver de Sofia en la misma sepultura que se estaba abriendo para el de su hijo.

Con efecto, aquella tarde se trajo el cuerpo de Sofia, y, vestidos de blanco los dos amantes, estuvieron depositados en la iglesia toda aquella tarde y aquella noche entre multitud de luces que, no solo los habitantes de Peroniél, sino los de los pueblos inmediatos, les ofrecian como muestras del cariño que les habian profesado.

—Señor, prosiguió mi compañero: al brillar la aurora del día siguiente, tuvo lugar en Peroniél la escena mas tierna que jamás han visto ni verán estos contornos.

La primera ráfaga de luz bañaba los campos: los esquilonos de la aldea tocaban á difuntos; al eco fúnebre de este misterioso toque respondian en lejano sonido las plañideras campanas de los pueblecillos vecinos, y en medio de esta lúgubre pompa iba la procesion fúnebre saliendo del templo.

Ningun habitante de Peroniél refiere aun aquellas escenas sin conmoverse.

Iban los primeros los niños del pueblo con la cruz de la escuela; seguian las zagalas con coronas de ciprés en la cabeza; los zagales con ramos de romero en las manos; seguian los ancianos descalzos y con las frentes inclinadas; luego iba la cruz de la parroquia; despues los dos féretros tendidos en unas andas de flores; despues el sacerdote cantando el *Miserere*; despues una multitud de hombres y mujeres en tropel todos llorando, todos pegándose golpes de pecho, lanzando tristes gemidos todos.

De este modo llegó aquí la procesion; pero como si la naturaleza quisiera contribuir tambien con sus galas á la rústica pompa de aquella escena, el sol que asomaba en el horizonte sembró el campo de arboles; el rocío de la mañana se descolgó en brillantes perlas, y los pájaros cantaban á porfia en los aires.

Cuando los dos cadáveres fueron colocados en el fondo de la sepultura, en medio de un general clamor y del eco triste de los lejanos esquilonos, cubrieron la fosa los cuatro mas ancianos, volvieron á plantar la Cruz dos albañiles, y cuando esta ceremonia se hubo concluido, se puso el sacerdote derecho en medio de aquella concurrencia, y señalando con una mano la Cruz, y levantando la otra al cielo, exclamó no menos conmovido que los que le escuchaban:

—Amados feligreses, debajo de esta Cruz duermen dos ángeles; decid esto á vuestros hijos, para que vuestros hijos lo digan á sus hijos, y de este modo las generaciones venideras adoren con devocion esta santa Cruz.

Y echando la bendicion sobre la Cruz, comenzó á andar entre un llanto general.

—¿Conque aquí duermen los dos? exclamé yo levantándome y mirando aquel monumento con religion y asombro.

—Aquí duermen, sí, señor, me respondió mi compañero levantándose tambien.

Desde entonces esta Cruz se conoce en todas estas comarcas con el nombre de LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES: desde entonces nadie se acerca á ella sino con algun piadoso objeto: el anciano para orar por los dos amantes; la viuda ó el huérfano para implorar la proteccion del cielo por su mediacion, y la tierna

zagala para esparcir frescas flores sobre estas sepul-
turas.

Por no dejar de decir á V. nada del cuento, le diré también que á los pocos dias murió D. Nuño, sin duda de sentimiento, el cual legó á los pobres y á la Iglesia todos sus bienes, y que algun tiempo despues se susurraba que, avergonzado el marques de Smirch de la felonía que habia cometido con Arturo, y no pudiendo soportar las agrias reconvenciones del gran duque de Bohemia, que descaradamente le llamaba en Madrid y en Paris asesino de su hija, se habia pegado un pistoletazo en su gabinete.

Nada mas tengo que decir á V., repuso mi compañero.

Y colgándonos ambos á la espalda los morrales, y tomando las escopetas, nos dirigíamos á Peroniel conmovidos; pero no bien habríamos andado veinte pasos, cuando volvimos la cabeza, y á la luz de la luna descubrimos un bulto junto á las gradas.

Era una jóven zagala que iba á verter flores sobre
LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

Este es, hermosísimas lectoras, el cuento que os ofrecí referir.

Esta es, madres engañadas, una historia inventada para probaros cuán terrible es jugar con el corazon de una jóven, y cuán espuesto es querer matar una pasion arraigada, por aprovechar un enlace á los ojos del mundo mas ventajoso.

LA PALOMA DEL MONTE.

BALADA.

I.

Era la tarde de un día sin nubes.

Los pinos de la montaña se mecían al soplo del viento, y parecían decir al alma algunas palabras misteriosas.

Uno entre ellos estendia sus frondosas ramas, cual un amante estiende sus brazos suplicantes.

Sin posarse en la rama que el pino le ofrecía, pasó junto á él la paloma blanca como la leche, la paloma inocente, la paloma del monte.

Mientras el pino, al inclinarse, lanzó un acento confuso que repitió el eco.

Tal vez decia á la paloma: "¡Qué hermosa eres!"

Y el vuelo de la paloma era incierto, porque sin duda acababa de dejar por primera vez el nido de sus padres...

II.

Crecía el susurro del viento entre los árboles, y la paloma volaba, volaba...

Pero con vuelo aun mas incierto, habia visto su imagen en una fuente que reflejaba el cielo.

El cielo era puro, cristalina el agua de la fuente, su murmullo blando, y la paloma descendió para contemplar allí su imagen.

¡Pobre paloma! Le pareció que el murmullo del agua tenia algo del arrullo de su madre.

Y al verse bella en la linfa de la fuente, acarició con su pico el cristal que la halagaba, y quiso besar la paloma de las aguas.

¡Primera ilusion!

Al punto se sucedieron dilatados círculos sobre la superficie de la fuente, y desapareció su imagen, la paloma de las aguas.

¡Primer desengaño!

El murmullo de la fuente remedó el eco de la risa; pero la paloma no pudo comprenderlo, porque nunca habia oido esa risa en el nido de su madre.

III.

¡Pobre paloma!

Ya no pasa rozando el último pino sin pararse en sus ramas; sino que, versátil, vuela desde el arrayán florido al sombrío ciprés, y desde el olmo abrazado por la yedra á la solitaria adelfa.

Adelfa solitaria, ¡qué hermosa eres!

Tus flores, teñidas con el color de la rosa, arrancaron á la paloma un arrullo de amor.

Pero al besar tu cáliz, sintió que era amargo como el veneno.

¡Ay! ¡también engaña la belleza de las flores!

IV.

El cazador del monte vió de lejos á la paloma junto á la solitaria adelfa, y la paloma huyó desprovista.

¡Ay de la paloma!

Sentía pesar sobre su corazón la gota de veneno, pero la acosada paloma huía, huía...

Y los pinos ya no le ofrecían sus ramas para que se posase en ellas, y al pasar la paloma se inclinaban para que no les rozase con sus alas de muerte.

Tal vez murmuraba el viento entre las hojas de los árboles: «¡Pobre paloma!»

V.

Hay en lo alto de la montaña un espinero negro donde tan solo se posa alguna tórtola para llorar sus amores.

El espinero negro es triste como el recuerdo, y sus sombras brindan un abrigo á la paloma perseguida.

Pero al postrer rayo de la última luz de la tarde, la paloma blanca como la leche se destaca sobre el fondo oscuro del espinero negro, y en vano intenta ocultarse del cazador que la persigue.

El cazador oye un arrullo de amor, ¡su último arrullo!

Quizás decía aquel acento: «¡Adios, madre mía!»

Y el cazador fija en la paloma su feroz mirada, con la que va en seguida el rayo de muerte.

Y al proseguir su camino sin detenerse á recoger la paloma prendida en el espinero, oyó el cazador al eco que parecía repetir: «¡Adios, madre mía!»

VI.

Lejos, muy lejos, oye una madre el último adiós de su hija.

Una paloma del color de la noche volaba hacia el sitio do resonara el rayo de muerte.

Su vuelo era rápido, su dirección cierta; al espinero negro, que semejava la sombra de un remordimiento.

Llegó, y la paloma del color de la noche halló á la paloma blanca herida del rayo de muerte sobre un lecho de espinas.

Y lanzó un triste arrullo que decía: «¡Ay de la hija que abandonó á su madre!»

¡Ay de la madre que pierde á su hija!

R. FERRER Y BIGNÉ.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

—¡Qué afeminación! murmuraron por lo bajo dos preciosas rubias que había á la derecha: sin embargo, una de ellas estaba pálida, y latía su corazón en aquellos momentos por aquel hombre débil, que se perfumaba como una mujer, y lucía á cada momento la bota de charol, como una bailarina su escotado zapatillo de raso blanco.

La rubia enamorada se llamaba Matilde. Había leído muchas novelas de amor, y había visto todos los dramas de mas personajes y mas peripecias. Deseaba amar, como lo desea toda mujer á los quince años, y sobre todo amar á un hombre que se llamase Eduardo, Gustavo ó Ramiro; pero ¡cosa extraña! aunque nuestro elegante joven solo se llamaba Antonio, la hacia palidecer con su presencia, y ponía todos sus nervios en movimiento.

Sin embargo, él no había reparado nunca en su triunfo, porque solo tenía ojos para ver á Julia, corazón para amarla y sensibilidad para llorar sus desdenes.

Ella por su parte le veía como un mártir mas en el catálogo de los sacrificios.

Así es que le fue indiferente su llegada y las tristes y apasionadas miradas que la dirigía.

—¡Oh! dijo una experimentada madre desde lejos, mirando el grupo: Si todas fuesen como Julia, ya se amansarian esos picarescos; pero estas niñas de hogaño se meten por los ojos, y ahí está el mal.

Para que el hombre quiera, es menester castigarlo; pues, como el perro, solo lame la mano donde ve el látigo.

La dulzura solo sirve para agriar mas el carácter de esos lobos con piel de cordero.

En mis tiempos nunca se veía la risa en la boca de la mujer, ni el *usted* se trocaba por *tú*, ni las confianzas dejaban lugar al menosprecio, ni se bailaban

(1) Véase el número anterior.

esas dancitas endiabladas en que tenemos que estar las buenas madres con cada ojo como el del gallo inglés en el reñidero.

—¡Ya! ¡ya estamos frescas! dijo otra meneando la cabeza con desagrado; en verdad que representamos un papel brillante las que tenemos hijas casaderas. Ó las hemos de tener en casa, sin que nadie se acuerde de que han nacido, ó las hemos de llevar á esas estrepitosas fiestas, á ver si hay un cristiano que conozca su mérito; pues aquello de *que el buen paño en el arca se vende*, ya se acabó; pues ni en el arca ni en la plaza pública saben estudiar ni apreciar las virtudes.

—Pero en cambio saben decir que es V. una tirana si las encierra, y una casamentera ridícula si las saca á luz.

—Ya lo sé, doña Gertrudis; por eso siempre pongo cara de lechuza á esos mentecatos, y tengo á mis dos niñas enseñadas á hacer lo mismo. Con eso no dirán que están rabiando por casarse. ¡Vea V.! ¿Para qué quieren ellas esos muebles? ¡Hijas de mi corazón, pues si están como princesas! ¿Qué necesidad tienen de sufrir tiranos? Reniego de los casamientos; ¡qué desengaño! ¡qué horror!

—Sin embargo, V. ha querido desengañarse por tres veces, dijo maliciosamente un anciano de alegre rostro y boca que solo se desplegaba para decir epigramas ó chanzonetas.

—Amigo mío, contestó la interpelada bajando los ojos: cada uno su alma en su palma. Si tal hice, es porque circunstancias particulares me obligaron á ello; pero yo... ¡reniego de los hombres!

—Cuando ya es tiempo de acercarse solo á Dios, dijo con flemma el anciano.

—Y cuando estaba bella y en disposición de asomar mi cabeza al mundo, nunca los quise.

—En número solo.

—Ni en centenares.

—Bien se conoce.

—Y si los quise, es porque aquellos no se parecían á estos. Querían de corazón, eran finos, atentos, buscaban la virtud, la aplicación, el talento, mientras estos solo buscan la desmoralización ó el dinero.

—¿Ve V. á aquel presuntuoso que está allí en frente? Pues allí le tendreis toda la noche sin acercarse á ninguna.

—Le basta con verse á sí mismo en el espejo de la chimenea.

—¿Algo mas mira él... respondió el chancero.

—No sé que se fije en nadie.

—Pues tan fijo está, que, si no se disipa la nube, se va á quedar como la estatua de Apeles.

—¡Ya! ¡ya! ¡es la Julita! ¿eh? Todos se fijan en ella porque no los quiere; porque es incapaz de sentir; porque los desprecia; porque los aborrece. ¡Si son malos! ¡si son unos desagradecidos! Siempre se paran donde no deben.

Y al decir esto, fijaba la irritada señora sus ojos alternativamente en su hija, la preciosa rubia, y el elegante joven, que parecia ajeno á cuanto le rodeaba.

Por dos ó tres veces volvieron á sentirse pasos en la sala inmediata, interin el anterior diálogo, y otras tantas los ojos de Julia se fijaron en la puerta.

Varios caballeros fueron llegando, y todos distinguieron á la hermosa, demostrando en sus ademanes y en su expresión ardiente y apasionada que el que menos la quería de ellos se hubiera arrojado al mar por satisfacer cualquiera de sus caprichos.

Ella parecia no comprenderlo; pero un observador frío é indiferente, uno de esos seres que se complacen en sacar fotografías del corazón humano, hubiera leído una lucha oculta, cubierta por el gracioso velo de una sonrisa encantadora.

Las horas de la noche pasaban ligeramente en aquella agradable reunión, donde todo era confianza y amistad, escepto esas críticas por lo bajo que en toda tierra de gentes se escuchan, que, como el viento del Norte, producen catarros y pulmonías sin sentirse apenas; pero esos son achaques de sociedad, que fueron, son y serán siempre, interin no venga una bocanada de viento que paralice las lenguas; pero, en honor de la casa de la viuda del brigadier L... se puede decir que era en Sevilla la que se citaba como modelo de buen trato, naturalidad, verdad y franqueza.

Allí se hablaba, se reía, se jugaba, pero todo era sin disgustos ni consecuencias.

Se hablaba sin escarnecer, se reía sin zaherir, y se jugaba sin atravesar intereses.

Si se quebrantaba algo de esto, era tan disimuladamente y en tono tan quedito, que doña Mercedes,

la dueña de la casa, no lo oía; pues en su austeridad y buena fe no lo hubiera permitido, y no por eso dejaba de ser chancera y agradable: nada de eso; la amabilidad no ha reñido nunca con la sana moral y los buenos principios religiosos.

Hay una creencia de que solo se puede ser gracioso diciendo epigramas de color de prado en primavera, ó desenvolviendo crónicas secretas, ó lanzando al rostro defectos personales en ese género de chanza que hiere aun mas que el lenguaje de la ofensa y de la ira mas reconcentrada.

Y luego, como la sociedad es tan injusta, que rie cuando debiera lanzar una mirada de desprecio á estos payasos de tertulia que bailan en la cuerda floja de las costumbres corrompidas, ellos se acrecen, y de una índole aviesa se va tornando el interior de aquel ser malicioso en un áspid que suelta veneno de continuo sobre todos los corazones buenos y sensibles; pero es tan agradable hacer reir, y que llamen á un hombre gracioso y tratable, que bien se puede arrancar á veces la felicidad de un alma, la tranquilidad de un espíritu, y hasta la paz de una casa, á trueque de producir una risa estrepitosa y de oír decir á los concurrentes: "Hasta que viene D. Fulano nada se anima; él los pone á todos alegres y risueños; es lo mas original que puede darse; y luego tiene unas sutilezas, unas salidas tan estrañas, que á nadie se le ocurren."

¡Pobre sociedad estraviada! Este hombre, que hace mas daño que una víbora, que produce aneurismas en el corazon, que hace derramar lágrimas á la amante olvidada, que despierta los celos en la esposa ofendida, que incita á la venganza al esposo desconfiado, que precipita la juventud en sendas ignoradas, que hiere el pudor de las doncellas inocentes, que escarnece la ancianidad y la ofende con sus libertades, que desflora el misterio de los amores, que descubre al mundo escenas que debieran permanecer á telon corrido, y hace de una sencilla comedia á veces un drama sangriento, se le recibe en todas partes, se le invita el primero para las expediciones campestres, para las reuniones de familia, para todos los actos en que es menester reir, aunque vaya el corazon reseco y frio como la hoja que en octubre cruge bajo nuestros pies en el valle.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Este año se ha practicado un estudio especial en los trajes de niños, no habiéndose perdonado medio para tentar el buen gusto de las madres elegantes. Hay creaciones de un gusto intachable, que son sumamente adoptadas, y vamos á designar las que llevan el verdadero sello de aristocrática distincion que hemos admirado en el acreditado establecimiento *La Novedad* (1). En primer término figura un traje de mohair gris, adornado de una banda de tafetan azul con agreman de soutache negro. Esta banda, sesgada de distancia en distancia, permite ver un bullo-nado igual á la tela del vestido. El cuerpo es escotado y en conexion con la falda; las mangas cortas y cerradas con un puño igual.

Otro escocés tiene una falda guarnecida de tres lazos de tafetan negro. La vesta es de paño negro á dobles aldetas, sobre las cuales se halla un grueso boton de plata con un cardo en relieve. El echarpe escocés tiene un largo fleco de seda. La toca es negra con bordes escoceses, y está superada de una pluma de águila retenida por una col, sobre la cual se fija una placa de plata con cardo.

Otro traje escocés, ejecutado para niño de tres años, es guarnecido de una banda de tafetan azul, que tambien se coloca sobre los bordes de una vesta cortada. La toca de crin blanca está adornada de una pluma idem, á la que se une un corchete de plata, teniendo al borde una cinta rizada.

Otro traje para niño de siete años, designado con el nombre de *macbridor*, se hace á grandes aldetas para llevarlo con una camiseta y un gran cuello que le da mucho distintivo. Hemos visto sombreros para niñas, de deliciosa forma. Eran de paja guarnecidos de lazos blancos, de lirios de paja y de acianos.

En lencería tambien hemos admirado vestiditos de piqué blanco adornados de cuatro vueltas de soutache superadas de un adorno en pasamanería blan-

(1) Concepcion Gerónima, 5.

ca. Los cuerpos son de corte cuadrado, y se les guarnece de una banda bordada de una pequeña disposición de soutache blanco. Las mangas cortas y adornadas del mismo modo.

Los pequeños albornoces de franela encarnada, tienen grandes cuellos ligeramente levantados por detras, y de cada lado con una gruesa roseta de la misma tela picada á dientes, y mezclada con un poco de soutache negro.

A continuación de los trajes de niños vienen las magníficas lencerías de un lujo y un gusto que parecen el complemento de uno y otro. Las camisas de finísima tela pueden hacer el efecto de un cuerpo en caso necesario, porque la pieza bordada es de un curioso trabajo. Las mangas son iguales. La tela no aparece en la mezcla de bordados y encajes que las componen. Hay otras ejecutadas en diferente estilo. Los modelos mas sencillos están adornados de varios acolchados artísticamente sobrepuestos sobre los bordes, con una bandita bordada y festoneada, realzada con un lindo valencienne encañonado.

Los pantalones y las enaguas tienen una guarnición análoga. Los cuerpos blancos denominados *cache-corset*, son un complemento de entredoses bordados y encaje.

Las gorras de noche son de fondo redecilla en nansouk claro ruché de valencienes.

Los fauchons en guipure están adornados de lazos de cinta en todos matices.

La forma de los sombreros se prepara mucho menos elevada, y los hemos visto tan pequeños, que casi no tenían fondo, lo que les daba cierto aire parecido á las gorras.

No queremos, sin embargo, aventurar este secreto sino bajo la mas escrupulosa reserva, con el solo objeto de tener á nuestras lindas lectoras al corriente, á fin de que no se sorprendan cuando se dé el golpe de estado. Hasta el presente no es admitida esta nueva forma sino para paseo en carruaje ó en las carreras de caballos. Á propósito de carreras, debemos indicar á nuestras lectoras que cuando se les ofrezca la ocasion de asistir á ellas, envuelvan graciosamente su cabeza en un gran velo de crespon rosa, azul ó lila, á fin de preservar aquella y el sombrero del polvo que levanta la arena.

Por el pronto, se conserva hasta nueva orden la forma que se llevaba en el invierno, algo mas pequeña, y descendiendo ligeramente sobre la frente. Algunos son de paja belga, graciosamente adornados de acacias y de un tufo de espigas de trigo y de cocas de cinta maiz. Un lazo con sus largos cabos descende sobre el bavolet. El interior del sombrero está guarnecido de cinta maiz, dispuesta en tirillas continuadas para formar bridas. La diadema se confecciona con un bullonado de tul malines, cocas de cinta entremezcladas de acacias y espigas de trigo.

Otro de crespon paja, adornado de un penacho colocado sobre el lado; es plegado á lo largo. Un apresto *fortin* guarnece el bavolet, y sobre el lado, un poco hácia lo alto del ala, hay dos penachos. El interior es encantador; un bullonado de crespon paja, una rosa ophelia y dos cocas de cinta completan el adorno.

Un sombrero cordon, con fondo flojo recubierto de tul negro perlado de azabaches. No tiene bavolet. El ala es muy alta y de crespon blanco, y el cordon separa el ala del fondo. Retiene sobre el lado derecho un penacho de paja y algunas cocas de terciopelo punzó. Una varilla cubierta de azabaches parte desde el penacho y continúa hasta el interior del sombrero formando bandó-diadema.

Concluiremos con una ligera pincelada sobre los sombreros redondos, que obtendrán este año un triunfo. Muchos coquetones modelos han fijado nuestra atencion, pero ninguno como la gracia que acompaña al titulado *princesa de Lamballe*. Tiene por delante un grueso lazo compuesto de dobles cocas en tafetan azul Méjico, retenido por un corchete de acero. Una bellissima pluma de fantasía se dispone echada hácia atras, y un semivelito franjeado de felpilla rodea el sombrero.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1834.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 8, principal.